

Revista Liberia

Hispanic Journal of Cultural Criticism

ISSN 2325-2723 #2 2014



“Estéticas de la degradación en 41: una novela negra”

Adelso L. Yáñez
University of Otago

Resumen: Este ensayo crítico centra su interés en el análisis de la novela *41*, del escritor mexicano Rogelio Guedea. Se trata de una pieza literaria que reúne todos los rasgos del género negro. Una porción significativa del estudio concentra su atención en describir la labor policial de identificar a un asesino y causas de homicidios por homofobia. El análisis pone de relieve el histrionismo de personajes que experimentan el miedo en una sociedad hostil donde la exclusión está estrechamente relacionada con factores económicos y de orientación sexual. Se oponen así hegemonía heterosexual a diversidad en un contexto de relaciones de poder. Asimismo, se enfatiza en este ensayo, componentes estructurales y temáticos del relato que tienen como propósito mostrar cierta progresión narrativa. El aparato teórico se inspira en nociones de filiación socio-crítica con el fin de identificar redes de sentido, aspectos sociales y subjetividades de interpretación que tocan aspectos tales como violencia y deterioro social. Finalmente, la reflexión dialoga con una visión trágica de la existencia humana.

Palabras clave: Rogelio Guedea, *41*, novela negra, homofobia

Quien aborda la obra narrativa de Rogelio Guedea¹ enfrenta modelos que obliga la preceptiva literaria. Un problema no mucho menor es intentar distinguir entre lo que se considera ficción y elementos del discurso ficcional, que se confunden repetidas veces en sus textos. El hecho es que estos dos segmentos caracterizan, según nuestra perspectiva, una posible forma de novela negra que ha tenido en poco tiempo una excelente recepción. Cabe señalar que el género ha sido objeto de acalorados debates académicos en razón de diversos enfoques teóricos, y esto desde su lejana aparición en el campo de las letras anglosajonas. Recientemente se le ha asociado incluso con “parámetros de la posmodernidad” (Rosi 2010, 461) al tiempo que sirve de canal para ilustrar problemáticas sociales centradas en “la criminalización de los latinos en los EE.UU” (Rodríguez 425).

Se trata de un género complejo que dialoga de manera permanente con un espectro muy variado de temas y disparidades (Coello 2008). Sin embargo, dentro de una disímil amplitud, la “Ortodoxia y heterodoxia” (G. Pérez 2002) que singularizan al género policiaco se relacionan también con el clásico *Roman Noir*. Existe, pues, una dificultad para demarcar fronteras y establecer lineamientos entre campos interrelacionados. Ahora bien, la noción general de novela negra remite a un espacio donde confluyen relatos en que actúan investigadores y seres angustiados que experimentan horror. Mari Paz Balibrea, por ejemplo, define el término de “negra” como “la manifestación más significativa de la novela criminal” (112). Lo cierto es que la repetición de algunos esquemas argumentales tales como asesinatos, suspensos y desenlaces da forma al género (Vázquez de Parga 50, 53). No obstante, una de las definiciones más completas es la propuesta por Alexander Salinas en su trabajo *Novela negra y memoria en Latinoamérica*:

Desde sus inicios en los Estados Unidos, la novela negra ha estado profundamente ligada a procesos que la inscriben dentro de lo que podría llamarse una literatura social. Surgida en un clima de creciente violencia, enmarcado políticamente por la prohibición del consumo, transporte y elaboración de bebidas alcohólicas; por el auge de los *gansters* y su extensión en el mundo de las apuestas, las drogas y la prostitución, y por la corrupción del poder a través de sus

¹

Premio Interamericano de Literatura Carlos Montemayor 2012 por su novela 41.

funcionarios públicos y políticos, la novela negra termina convirtiéndose en un instrumento que refleja sin duda alguna los intestinos de una sociedad que convulsiona y se retuerce, envenenada por la descomposición social y la violencia (Salinas 2).

A través de miserias que transparentan crímenes y delitos, la sociedad en cuestión dice mucho de ella misma. Efectivamente, la utilidad del género también ha servido para tematizar realidades sociales y políticas de un país bajo régimen dictatorial (Franken 2000). De hecho, quien relata en producciones de este género se apoya de manera precisa en una investigación particular. Trata incluso de ser fiel a huellas tangibles y testimonios de informantes sobre diversos imaginarios, entre los que se cuentan, pues, regímenes políticos. No obstante, en el caso que nos ocupa, el argumento de 41² centra su interés en establecer la identidad del asesino, cuya cara permanece disimulada -hasta el término del relato- como injusticia flagrante. La historia se funda en una transgresión criminal que tiene una relación estrecha con un complejo trastorno de tipo social. Múltiples elementos forman parte de un denso engranaje literario. Aunque el producto literario está plagado de detalles, paradójicamente su extensión no debilita el interés. Por el contrario, en la compresión narrativa, el lector identifica componentes estructurales y temáticos del relato como ejercicio que devela cierta progresión. Hay pues, una intriga que debe ser resuelta: ¿Quién es el asesino en serie y a qué atiende su encarnizada afrenta contra homosexuales? ¿Cuáles son las redes de sentido que el lector ideal infiere? Pero aparte de estos interrogantes, existen elementos clave que no pueden ser soslayados porque coadyuvan a la interpretación.

² El nombre juega con la ambivalencia de sentidos puesto que remite a 41, el Remington Magnum, es decir, el cartucho para revólver estrenado en 1964 por la Smith & Wesson para su revólver Modelo 57, pero a la vez tiene un referente histórico-anecdótico: 41 remite, en la historia mexicana, al baile de los cuarenta y un maricones que fue un escándalo muy sonado. El evento se refiere a una redada que tuvo lugar el día 18 de noviembre de 1901 durante el gobierno de Porfirio Díaz. Se trató de 22 sujetos vestidos de hombres y 19 de mujer. El gobierno trató de ocultar el hecho impidiendo que saliera a la luz pública a través de la prensa, en particular porque eran jóvenes de la clase pudiente mexicana. 22 más 19 suman 41, lo que quiere decir en este contexto homosexual.

Aunque que podemos hablar de heterogeneidad al referirnos al género, en el caso específico de la obra de Rogelio Guedea, la iniciativa del estudio responde más bien a un doble desafío intelectual. Por una parte, ciertas cuestiones estéticas, ideológicas, filosóficas y genéricas que sugiere la lectura de su singularísima obra, y por otra, la convicción de que se trata de una pluma excesiva inspirada en una realidad inmediata. Todo apunta a que el narrador inscribe sus acciones en un marco realista cercano al lector. Es decir, que se inspira en hechos conocidos para elaborar una ficción. Es, pues, una construcción fundada en un espacio cuyos topónimos forman parte de presupuestos culturales del lector y narrador.

Efectivamente, quien revise la obra narrativa de este escritor, no dejará de asombrarse por la información e interés enigmático del delito, el miedo y sus formas de representación. Es así como un número considerable de personajes pone de manifiesto cierta teatralidad e histrionismo ante al terror producido por un asesino “*alias el japonés*” (41, 2011). El sujeto no se repliega sino ya muy avanzado el relato, lo que responde a la lógica del género. Al mismo tiempo, todos los personajes se expresan y declaran de manera independiente poniendo de relieve el carácter polifónico de la novela. Pero el miedo no es el único mal social; hay también en este imaginario literario una serie de conflictos que no alimentan la esperanza de una sociedad justa. Por consiguiente, el texto ofrece una visión desesperanzadora y trágica de la existencia humana. En efecto, apunta el narrador que detrás del personaje el japonés:

Parecen descararse las paredes de las casas en ruinas, habitadas por gente sin piel. Donde crecen niños de pies rajados y panzas abultadas que miran siempre detrás de los barrotes de una celda porque las cosas que valen la pena en este mundo no les pertenecen (41, 55).

La cita sugiere ausencia de participación debido a exclusión social. Así se ve reflejada la privación de derechos de un segmento amplio de población, en la vida económica y cultural. Los factores de ruptura se fundan en una perspectiva clasista pero también puede interpretarse con la metáfora de lo horizontal, es decir, un adentro y un afuera, unos incluidos, otros excluidos.

Se trata de un retrato conciso de iniquidad nacional, que puede ser a la vez tema de cualquier género. Aunque podemos hablar en términos de hibridez textual, el ascendiente menos evocado del género negro es el gótico (Braham 443), que casi no se advierte en la obra de Guedea. No obstante, lo *noir* se asemeja en este escritor a una “poética” y no a una larga lista de características “estilísticas o genéricas” tal como la define William J. Nichols (296). En este sentido, cabe resaltar que la novela no sigue el esquema canónico. Sin embargo, la propensión al temor es parte del estado anímico de testigos oculares en una gran parte de producción del género. Por tanto, el común de sujetos percibe indicios de perpetración de crímenes en manos de un asesino en constante defeción. Esto es, a saber, ciertos hechos que relata la voz central traslucen una incertidumbre que se convierte en apoyatura del misterio. Pero lo notable es cómo la narración erige una propuesta estética fundada en lenguaje crudo, donde creación de atmósferas e intervención de personajes restan importancia al suceso. El tono de la historia se pone en consonancia con la hostilidad que reviste el argumento articulado en dos tramas paralelas: por una parte la infancia violenta del personaje japonés, quien se transmuta en asesino en serie -de homosexuales-, y por otra, pesquisas que llevan a cabo algunos investigadores sobre homicidios violentos:

Hemos encontrado que las sábanas aseguradas tienen el logotipo de algunos moteles de paso de la entidad. Se los lleva a los moteles, y antes o después de practicarles el coito, los mata (41, 39).

La aversión contra hombres y en general contra la diversidad parece estar fundada en el apego al patrón hegemónico heterosexual. No obstante, la conducta que interesa analizar se perfila como consecuencia del abuso sexual en la persona de un sujeto masculino, y en una cultura patriarcal dominante. No importa pormenorizar sobre patologías sino insistir en la presunción que interroga al lector. Lo cierto es que el receptor del discurso se enfrenta a unas historias sucesivas; vale decir, a una combinación de relatos y expedientes judiciales intercalados que ponen de relieve astucias del poder judicial. La búsqueda del asesino crea un efecto de suspense en la

medida en que el lector no conoce el desenlace. Se trata de una sensación, vale decir, de una tensión agravada y amenaza que escalan constantemente, al tiempo que planean en toda la narración. La alianza entre intriga y transgresión criminal es discontinua, lo que refleja altibajos en la narración. La búsqueda parece infructuosa y es precisamente eso lo que retarda la solución. Pero, el lector ideal, conocedor del género, la infiere por sus inminentes sospechas.

En sus incursiones descriptivas y exploraciones, el narrador tipifica algunas víctimas de marginalidad, con que muestra peores miserias humanas. Se percibe en el tono³ emociones de un narrador enfático, y consciente de algunos problemas que aquejan a la sociedad. Hace hincapié, por ejemplo, en ciertos perfiles que poseen estatus de una *subalternidad* cultural al ser objeto de humillación. Se trata de aquellos que viven en pobreza, injusticia y subyugación en un contexto latinoamericano (Nichols 495). El uso innoble del dolor por parte de autoridades alterna en la narración con personajes que no tienen derecho a réplica ni siquiera para defender sus deseos legítimos. Lo mismo ocurre con el tema de minorías y diversidad, a diferencia de la novela negra de Michael Nava, quien aborda el tema de homosexualidad con el propósito de exponer su compromiso social (D. Pérez 409). Sin embargo, esa medianía humana aporta datos que esclarecen el suceso. Sus declaraciones se inscriben en documentos legales con marcas orales y matices de información que contribuyen con el proceso jurídico.

1. Folios, declaraciones y pesquisas

41 es la novela de la institución policial. El vaivén de hechos se traduce en una permanente oscilación. El territorio textual es navegable pero misterioso. Es fértil para indagaciones imaginarias que dejan entrever dudas. Efectivamente, en folios insertos en la estructura, la voz central emula

Las palabras dan emociones, pero, en cualquier vuelo literario, las emociones nacen desde la voz del narrador. Pueden ser voces irónicas, cínicas, desafiantes, persuasivas, desconfiadas, enamoradizas, vengativas, melancólicas.

instancias narrativas así como diversas declaraciones que registran voces particularmente dubitativas. Son testigos que relatan con detalles, suministran información sobre lugares que frecuentaba y personas con quienes se relacionaba el desafortunado difunto, Ramiro Montes. No obstante, dejan entrever casi siempre duda y cierta especulación. Escritos en estilo indirecto, y con errores tipográficos como si se tratara de documentos auténticos, los oficios legales de investigación van acumulando una serie de informaciones recurrentes que guían la búsqueda trazada. Los detectives –sujetos que hablan de manera destemplada- van tras la huella de un asesino que manifiesta conductas necrófilas, y cuyas víctimas podrían ser incluso portadores del VIH. Se trata de un “relato de patetismos” sobre ambientes convulsos, con graves problemas sociales, en que normas éticas de cohabitación entre sujetos se encuentran reducidas a su mínimo ejercicio (Conteris 345).

La narración interroga la posibilidad de una representación mimética que metaforiza mundo y amenazas. Por tanto, los lectores piensan que lo narrado no tiene asidero en la realidad. Sin embargo, los medios con que comete sus asesinatos alertan a detectives; a saber, los cuerpos del delito, llamados también *corpus instrumentorum* lo constituyen “Un cinturón de banda ancha y hebilla metálica” y una pistola calibre 41 (41, 14). No obstante, no hay indicios textuales que expliquen la predilección del arma. En cambio, sí hay datos sobre el prototipo de asesino. Insiste el narrador en que el sujeto nace en una familia disfuncional donde se convierte a temprana edad en un acosador sexual, y desarrolla adicción a drogas. Todo responde al brote psicótico de una perversidad y fascinación malsana por la violencia. En sus declaraciones afirma el asesino que:

Como a los catorce años me metieron de nueva cuenta al tutelar para menores por una tentativa de violación a una prima hermana con la que también quise tener sexo porque, como lo tenía con mi hermana LA CHIVA, se me hizo fácil también tenerlo con mi prima un día. Desde que yo tenía como once años hasta antes de cumplir los dieciocho inicié ganando dinero al cogerme a las personas que eran homosexuales o dejándome que me cogieran a mí, como fue el caso que empecé con un amigo de nombre el Ferras que me presentó con una pareja de señores ya grandes de mucho dinero que eran dueños

de un hotel y al lado del hotel tenían una casona con alberca allá por el rumbo donde yo vivía (41, 216, 217).

El largo suplicio del asesino se sitúa en el trasfondo narrativo. Así da a entender el narrador cuando recurre a ciertas escenas que detallan parte de la descomposición moral del núcleo familiar. La voz sugiere, pues, inferir una base hipotética de contenido sensible a partir de su patológica vivencia: un padre alcohólico, una madre que vende drogas así como maltrato físico que le dispensan en su infancia: “La doña coge un gancho de ropa que alcanza del burro de planchar y da dos ganchazos en la espalda del japonés” (41,54). Se trata de un personaje que es a la vez víctima-victimario, cuyo menoscabo social y emotivo se funda en carencias de modelos cívicos⁴. En correspondencia con esta idea, miseria material y violencia lo acompañarán a lo largo de su vida. Pero, cualquiera sea la dimensión de sus atrocidades como consecuencia de su historia personal, la intencionalidad ideológica predominante de los cuerpos del Estado⁵ no se altera: se basa en recobrar orden social y jurídico frente al antisocial (García Corales 308).

Cabe destacar que el aparato jurídico no siempre alcanza su cometido. No obstante, sí hace apariciones triunfalistas con que encubre ausencia del deber en detrimento de la medianía humana; personajes de pueblo, sujetos con una estima baja e íconos de humildad. Recordemos que la novela negra es una incursión en una sociedad en particular con sus modos específicos de funcionar, lo que se traduce en una apuesta del narrador. Es decir, hace de los valores, costumbres y del lugar imaginario sobre el que comenta, un conjunto atractivo tanto como el enigma que detectives y lectores deben resolver. Efectivamente, el lector que desconoce ciertos presupuestos pragmáticos se interroga sobre la distancia entre mundo ficcional y realidad. Se trata de un género que invita a reflexionar sobre un estado de la sociedad. Lo fascinante del relato es el detalle narrativo que da cuenta del horror brutal de hechos. Es decir, una utilización visible de códigos literarios aunados a una emblemática violencia. Así ocurre cuando el comandante Obispo “comprueba que se trata de Ramiro Hernández Montes,

⁴ Sujetos que no respectan leyes ni usos sociales.

⁵ Cuerpos policiales.

quién está atado de pies y manos con una sábana beige, y quién presenta a la vista una oreja desmembrada. Todavía gotea sangre" (41, 18).

A través de la voz central, y de una serie de voces citadas se entrecruzan diversas problemáticas marcadas por un juego de tensiones. Lo más notable radica en la defensa acérrima de un lenguaje que destruye eufemismos. En efecto, el código lingüístico busca expresar con brutal crudeza -pero también con cierta emoción- el deterioro humano y social de un imaginario cuyos topónimos remiten a México. Es el retrato de una sociedad heterogénea, aparentemente violenta, y cuyos habitantes son descritos con estereotipos tradicionales que simbolizan hombres viriles y mujeres sumisas. Como crítico del entorno social, el narrador hace acopio de la economía informal, creencias de pueblo, vida en espacio público y sobre todo enfatiza desesperanza para un sector numeroso de la sociedad. La investigación policial se convierte en epicentro del texto y a través de ésta, el narrador muestra otros aspectos del contexto como conflictos de índole político y género.

Efectivamente, el producto novelesco plantea una encrucijada político social que oscila entre realidad y ficción. La voz denuncia con el fin de mostrar el trasfondo de una sociedad tal vez más indolente que el propio criminal buscado. En correspondencia con estas temáticas, recurrimos a herramientas teóricas de filiación socio-crítica para interrogarnos sobre heterogeneidad del texto, lo que dice, cómo lo dice, sus no dichos. Esto atiende a un procedimiento que pretende identificar aspectos sociales y subjetividades de interpretación.

En el trabajo discursivo que da cuenta de la agudeza del narrador; lo que en principio podría ser catalogado como una estrategia ensordecedora por lo inhumano, se revela un marcador inclusivo⁶ de una parte de la narrativa actual en América Latina. Sin embargo, su sagacidad reside también en la capacidad de intuir sensaciones de sus personajes. Nos referimos a una visión de futilidad, desesperación y pesimismo que sustentan una posible estética de la "degradación." Es decir, la narración

⁶ Autores de narrativa actual que abordan la violencia: Yuri Herrera con *Trabajos del reino* 2008, Sergio González, *El hombre sin cabeza* 2013, Martín Solares, *Los minutos negros* 2006, Gabriel Trujillo, *El festín de los cuernos* 2012, Elmer Mendoza, *Balas de Plata* 2008, etc.

construye un retrato sórdido, o una “radiografía” (Rhonda 1996) de una sociedad en plena deflagración, cuya justicia se desmorona, y donde los funcionarios se comportan como seres afiebrados por una cierta vanidad. Sus libertades y orientaciones personales dan igualmente libre albedrío a sus instintos corporales. Tómesse, por ejemplo, hechos encubiertos por una doble moral:

¿De qué calibre es la tuya, cotejo?

-Pos nueve milímetros –contesta Román [...]

-No te digo esa pistola, cotejo, sino la otra, ¿de qué calibre es?

Román se agarra del tubo. Cae en la cuenta: por fin.

-No es por dárte la deseas, cotejo, pero con esta juego beisbol los domingos.

Román se toca el bulto, escupe por la ventanilla. Sabino insiste.

-¿Me harías la valona?

[...] ¿y si le gusta, cotejo?

-Si le gusta, cotejo, pos entonces me va a tener que dar a mí también (41, 129, 130).

La pretensión del narrador se basa en desenmascarar a estos sujetos así como evidenciar deseo y existencia de una sexualidad abierta y participativa. No obstante, otros subsisten en una cotidianidad asfixiante como personajes clásicos, íconos del género existencialista⁷ (Otero 2007). Véase el caso del comandante Obispo Ventura quien está:

Orgulloso de ser lo que es. Está donde debe estar y tiene la judicial convicción de que nadie haría su trabajo mejor que él. El comandante Obispo es imprescindible. Así lo cree él y así se lo ha hecho creer la máquina de mierda que es la institución que lo condecora cada mes (41, 44).

El plano temporal de narración abarca también una significativa carga sonora, simbolizada frecuentemente por el viento. En efecto, la dimensión resonante del texto viene a ser parte esencial del espacio donde ocurren acciones. Vale decir que las citas: “Sólo un vientecillo levantando en vilo hojas secas, sucias servilletas, bolsas de plástico. Implacable el polvo que va tragándose todo lo que encuentra a su paso” (41, 15), así como “Sólo se

⁷ Como *Bartleby El Escribiente* y *K del Castillo* –víctimas de alienación, burocracia y frustración aparentemente interminables,

escucha un chiflido" acogen una significativa alusión a rutina y transitoriedad humana. El recurso romántico a la resonancia contrarresta el tono lacónico y austero del narrador. La mixtura que acoge el relato se basa en la mirada subjetiva del narrador. De allí que interese reflexionar sobre relaciones que se tejen entre texto, discurso y sociedad. Es decir, es una mirada particularizada. No obstante, el texto concebido como terreno movedizo permite pensar las representaciones de lo social y sus signos en un contexto intersemiótico (Malczinsky 31).

En otros términos, importa saber cómo se interpreta la producción de sentidos. La interrogante gira en torno a desafección y a un mundo sin remedio que el lector ideal percibe sin solución de continuidad. Las reflexiones del narrador hacen hincapié en la convergencia de problemáticas así como en el engranaje de tensiones que en ella se ventilan. El conjunto atiende a una selección intencional del escritor acerca de lo dicho, lo pensable y lo legible que podría cautivar a una variedad de lectores. Así se pone de manifiesto cómo el género plantea el asunto de recepción con notable acuidad. Cabe señalar falta de asombro ante la irracionalidad del mundo descrito y ausencia de una carga considerable de subversión. La ficción no oculta pasajes oscuros. Por el contrario, prescinde de todo pudor y enfatiza el horror del crimen con crudeza discursiva:

Respire, respire, mi comandante... como en los crímenes precedentes, licenciado, en el que nos convoca se dio también el mismo modus operandi. Verbigracia: deturpación del miembro viril u órgano reproductor desde, como decimos en lengua vulgar, el tunquito. Contusiones y hematomas en rostro y otras partes del cuerpo. Rebanadura de oreja izquierda o derecha según. Ahorcamiento con cinturón o cable o cualquier otro material de la misma consistencia. Atadura de manos y pies utilizando sábanas de cama y fundas de almohada. Y el consabido balazo en el esternón con la calibre 41... hijo de puta (39).

El tono del narrador no denuncia, aunque "lo policiaco promete, si bien no necesariamente el restablecimiento del orden, por lo menos acuerdos sobre la forma y, por ende, una comunicabilidad de las preguntas que surgen dentro del texto (el ¿quién?, el ¿cómo?, ¿por qué?" (Poppel 365). Las realidades aludidas son irremediables. No hay solución sino que

adquieren un sentido informativo. No hay advertencia sino que el discurso se construye como un espejo del país. No hay ni siquiera referencias a la reminiscencia colonial para echar mano de algún paradigma que cuestione el legado de una economía de saqueo, y de un orden social clasista y violento. El narrador no se solidariza con reivindicaciones sociales y económicas que necesitan los ciudadanos. No obstante, ante la búsqueda de explicaciones, el prefiere no imputar sino más bien instar a desenmascarar el mundo injusto. Toda alusión se dirige al su infame sistema judicial a través de una deconstrucción virulenta del discurso. Lo primero que hace es identificar, entre otros, algunos dispositivos retóricos de la novela negra. Nos referimos a etapas de construcción del imaginario como especie de *crecendo*. Es decir, detalla el desarrollo del suceso, búsqueda del asesino, declaraciones de testigos, recopilación de pesquisas, confesiones, y sobre todo cuenta cómo el aparato jurídico administra información con fines personalistas.

Sin embargo, si algo distingue a este género son sus oscilaciones y no la naturaleza de sus tradicionales fórmulas en que se le ha querido encasillar (Leal 325). En efecto, el discurso no combate “males” que pone en escena. No obstante, aparenta llevar a cabo una lucha contra corrupción, fraude, pederastia, drogas, homicidio, desprecio por homosexualidad, disfuncionalidad familiar, manipulación del poder político, que aparecen como motivos omnipresentes e incluso obsesivos. De hecho, algunas escenas se revelan el producto de una supuesta barbarie que se afianza en el siglo XXI. Así cualquier tipo de cuestionamiento sobre dureza de algunos aspectos ficcionales presenta a la imaginación como menos perversa que la realidad. El producto novelesco se centra en una dimensión exclusivamente nacional, por lo que el lector -que no comparte los mismos códigos culturales de los protagonistas- necesita el guiño del narrador. La mirada focaliza presentimientos de ciertos personajes, el miedo, así como tensiones de detectives atrapados en una jerarquía sobre la que ironiza el narrador. Efectivamente, sólo la autoridad apodada “su majestad” (41, 39) puede hacer exhibiciones envanecidas en tono personal, y practicar una amnesia voluntaria ante hechos de corrupción:

En la cabeza del comandante Obispo retumban las palabras de su majestad: considerando su intachable trayectoria, su honorabilidad y sentido de la responsabilidad, el señor gobernador, licenciado Porfirio Cavazos Lobato, ha decidido nombrarlo a usted responsable del operativo tarjetagate, que consiste en la creación de una nómina falsa de trabajadores al servicio del estado cuyo pago salarial se destinará a una causa noble: financiar la campaña del licenciado Hernández Montes, en quien nuestro partido ha confiado el futuro de nuestro estado (41, 42).

En el fondo, la crítica formal del lector ideal contra el discurso demagogo del personaje apenas oculta una fatal indiferencia por todo avance social que acorte la distancia entre desfavorecidos y sectores acaudalados. Lo esencial son intereses personalistas y lucro individual que marca la preponderancia heterosexual. De hecho, la voz que enuncia se posiciona desde un *locus* machista que delata su pertenencia a ese mundo violento pero, al mismo tiempo enfatiza la condición de una *subalternidad* cultural, caracterizada por una oralidad primaria, que no pone en duda la capacidad del lenguaje. Aunque los sujetos descritos hacen alarde de su virilidad, hay una “fluctuating traits of sexual orientation, from bisexuality, homosexuality and heterosexual relationship” tal como ocurre en la *Novela negra con argentinos* de Luisa Valenzuela (March 100). El narrador, por su parte, acusa el estilo descriptivo del pueblo, y ese afán de proporcionar detalles obvios en sus testimonios. En este caso, podemos hablar de erudición popular, no en el sentido intelectual del término, sino porque representa un saber profundo y denso sobre variadas problemáticas expresadas en una jerga local, y no en un lenguaje elaborado.

Se trata de un discurso portador de un misterio que da sentido a la violencia y brutalidad de actos asesinos, al menos para sus protagonistas. Hay un recurso a términos propios de un léxico local. Aunque el imaginario descrito es pequeña orfandad sumisa (pueblos mexicanos olvidados); una sociedad desamparada, un ente que padece enfermedad incurable, la idea de decadencia se ve particularmente reflejada en violencia hiperbólica. Los valores semánticos discursivos acogen, pues, la idea del país inviable para el cual no hay remedio que valga.

2. Hegemonía versus diversidad

Desde el primer contacto visual con el texto, el lector desatiende otros intereses para concentrar su atención en la simbología que ilustra el número 41. No sólo es materia para un detallado estudio semiológico que interroga la imagen, sino que acoge implicaciones subjetivas como poder, fertilidad, erotismo, etc. No obstante, la cifra tal como aparece dibujada evoca esencialmente el poder el *falocrático* del mundo descrito. De este modo, en 41 los asesinatos en serie instan a estudiar problemáticas de género vistas bajo el repudio feroz de valores heterosexuales. Lo diverso es allí objeto de escarnio público; digamos incluso, blanco de una diatriba insidiosa puesto que se cuestiona desde la concepción del discurso hegemónico:

Según los informes de los peritos y las cuentas de los oficios remitidas por los médicos forenses a su debida oportunidad, y una vez analizadas en lo particular y en su conjunto las constancias ministeriales relacionas en retrolíneas sobre las causas que motivaron los hechos presentes, se puede acreditar fehacientemente que el operador y móvil de los crímenes hasta hoy consignados nos dan vistas de tratarse de un mismo sujeto, quien al parecer tiene un odio expuesto hacia todo ser humano de desviadas inclinaciones sexuales, aunque no se descarta la posibilidad de que, en este caso que nos convoca, y según los medios de prueba que obran en lo específico, pueda tratarse de una venganza por parte de los actores políticos (41, 38).

La lectura interpela en particular al lector sagaz. Aquel que distingue registros lingüísticos de variados matices. No obstante, quién habla no encara la sensibilidad sino que atiende a un discurso excluyente. Se observa ausencia de pertinencia en el contenido discursivo; una atención superficial y anodina como si lo que sucede no mereciera atención. No aludimos al campo académico sino a la convivencia social en el contexto descrito. Véase cómo lo que en principio debería adjetivarse “orientación” se denomina con cierta irresponsabilidad “desviación.” El texto juega con ambigüedad de sentidos y búsqueda de hipótesis entre un discurso homófobo y posibles estrategias políticas. De todas maneras, el narrador se encarga de mostrar

que la sexualidad es movediza más allá de lecciones morales e impositivas que intentan controlar ciertas pulsiones del cuerpo. En este sentido, no hay un lenguaje nuevo para aludir a problemáticas de género, sino una manera tradicional enemiga de eufemismos que tiende a referirse al tema de manera agravante: “Dígales al mariquita ese del celular y a su acompañante que se vayan por ahí a descular hormigas” (41, 16, 37). Vale la pena interrogar a la sociedad aludida puesto que no habla en términos de orientación sino de desviaciones, y acentúa su deshumanización ante los menos agraciados.

Se burla, asimismo, de sujetos que tienen una identidad de género que no corresponde a lo que socialmente se espera como el caso de “LA MORENA, que en realidad es un hombre convertido en mujer” (41, 47). Es aquí donde cobra importancia el lenguaje corporal de las insinuaciones. Aunque la novela negra plantea una indagación basada en interés y necesidad de revelar un acontecimiento oculto que mantiene en ascuas al lector, el desenlace atiende paradójicamente a problemáticas del poder político. Esto es, a saber, una hegemonía que recurre a todo tipo de estrategia para no perder supremacía: tergiversar la realidad, ocultar hechos, etc. No menos relevante es el peso que tienen los prejuicios morales frente a la diferencia de géneros. La astucia discursiva descansa en el uso de invectivas contra la diversidad. No obstante, la crítica contra el discurso patriarcal también denuncia la doble vida de ciertos funcionarios policiales y políticos -inmersos en submundos sórdidos-, que se revelan actores de una encubierta promiscuidad:

En la foto, el diputado Mireles aparece metido en un *baby-doll* rojo. Los labios pintados de rojo también. Un lunar verdoso en el pómulo izquierdo. Al lado suyo aparece el ahora occiso. Semidesnudo. Su mano sobre la pierna del diputado Mireles. Parecen estar en una orgía (41, 93).

En contraposición, hay sujetos que adoptan una gesticulación estereotipada, es decir: que cometan acciones catárticas como parte de una simbología masculina que alude al temperamento así como a emociones del instante: “Las llantas de la camioneta despotican contra el empedrado” (41, 17). Estos mismos son los primeros en violar principios de imparcialidad

legal posicionándose en la autoridad, con un discurso grandilocuente y demagogo. Así se expresa el comandante Antonio Obispo Ventura frente al hallazgo del cuerpo:

Ya se les hará llegar con la debida prontitud y expedición la notificación correspondiente, en donde sucintamente se les darán los pormenores del procedimiento que a bien tenga que dictar nuestro ordenamiento legal (41, 17).

El elemento delator en 41 lo constituyen unas manchas de sangre sobre un “Chevrolet rojo” (41, 13, 14). Frente a este hallazgo, los detectives se trazan como meta esclarecer motivaciones del delincuente, leer declaraciones de testigos oculares, plantear hipótesis y hacer conjeturas como parte de reconstrucción de hechos. Sin embargo, en el cruce de opiniones, el binomio detective-reportero se ve interrumpido por el control de información que ejerce el poder judicial. Efectivamente, 41 marca una diferencia con respecto a la narrativa policial norteña puesto que el periodista no ejerce como detective (Ramirez-Pimienta *et al* 379). Policias, comandantes y judiciales elaboran un patrón social de la masculinidad centrándose en la actividad laboral, que consiste en identificar a un asesino en serie; ese que el narrador llama con disfemismo o simple apelativo “un hijo de perra” (41, 36). En este sentido, la propuesta del escritor no se distancia de ciertos rasgos convencionales del género sobre todo al delinear figuras arquetípicas. No hay perfiles femeninos en un rol hegemónico como ocurre con las mujeres de Nancy Vosburg (2006), sino un mundo viril claramente diferenciado. Un mundo oscuro, no obstante, con su ritmo rápido, diálogos concisos y notable parquedad, el discurso aborda asuntos que ocurren en la vida subterránea de la ciudad “¿Se imagina usted las consecuencias que nos traería que la gente supiera que el hermano de nuestro candidato era un maricón de mierda?” (41, 37).

El lenguaje policial es austero, concreto, y equivale a presupuestos lingüísticos que comparten detectives sobre su oficio y naturaleza del evento que investigan. La noticia sobre la muerte de Ramiro Montes no debe salir a la luz pública puesto que se trata del hermano del candidato a gobernador.

Así enfatiza uno de los detectives al enunciar: “no queremos ninguna coladera abierta” (41, 16). En el fondo, el motivo de muerte tiene un impacto demoledor puesto que activa presupuestos culturales de una sociedad homófoba. En otras palabras, la divulgación de esa mácula tendría una repercusión nociva, un coste político dada la notoriedad: “-Dígale a Obispo que el procurador no quiere espectáculos esta vez. Nada de sacar el cuerpo y dejarlo ahí tirado en la banqueta como a un cerdo. Este cerdo no es un cerdo, ¿está conmigo?” (41, 16). No obstante, la barbarie hecha al cuerpo se transforma en signo metafórico que cimenta la construcción narrativa de un espacio urbano, y decadente, nutrido de imágenes que explicitan violencia y sus representaciones:

¿Serían capaces de ver el ojo sin luz que los miraría sin mirarlos como desde el fondo de una noria? La cara amoratada, los labios secos, el pelo un mazacote de sangre (41, 17).

Evitar que la cultura mediática haga su trabajo no significa que el recuerdo del asesinato no permanezca en la memoria colectiva. El pueblo allí presente hace su pequeño teatro de provincia con que pone de relieve cotilleo y medianía. La policía por su parte concibe a los testigos como potenciales agentes del caos. De todas maneras, el caso sobresale, entre otros tantos, que forman parte de desapariciones y hallazgos misteriosos que alimentan una narración ambulante. La relación de hechos que detalla atmósferas y personajes heterogéneos cuenta cómo los detectives rastrean el sujeto del crimen silenciando la veracidad de ciertos hechos. Para tal fin, los personajes proveen una serie de referentes espaciales como gimnasios, moteles, donde se observa cierta delectación del asesino así como el preámbulo de sus acciones (41, 39). Asimismo, dichos referentes recurren a denominaciones que atienden al tema de la homosexualidad con notable displicencia: “Mariquita”, “puto” “maricón” (41, 16, 127, 128).

3. Justicia y legalidad

Las normas jurídicas tienen una estrecha relación con épocas y civilizaciones. Surgen con el fin de regular y mantener cierta armonía entre miembros de un núcleo social a su vez inserto en un espacio llamado ciudad, Estado, nación. Autorizan, prohíben y permiten acciones determinadas en el proceso de interacción entre ciudadanos. En principio, el país imaginario que describe ⁴¹ tiene ese ordenamiento legal sólido, necesario, y una jurisprudencia lista para resolver todo lo que se someta a su consideración. Sin embargo, la ley se maneja desde ángulos oscuros a través de hilos invisibles para aplastar a la justicia y determinar lo que es “ecuánime” en esta ficción. La ley, se usa, pues, como decorado social de un mundo casi circense. El narrador no alcanza a abordar posibles esperanzas e ideales que en principio deberían habitar los sueños de ciudadanos. Su discurso sólo trasluce notable protagonismo y aplomo crítico al afirmar que está consciente de precariedades y desafueros sociales. Pero, la búsqueda del éxito es un proyecto individual y no nacional. Desde un punto de vista narratológico, la voz testigo pone en diálogo a personajes a través de la citación. En ciertos momentos retoma la narración en tercera persona para describir múltiples escenas de pueblo donde el sujeto descrito abraza visos de una densa cultura popular. Esto es, a saber, la descripción de una cotidianidad que incluye ambientaciones existencialistas, donde muerte y rutina se despojan de elementos sobrantes según una postura minimalista⁸: La escritura que se ha convertido en uno de los logros más grandes del intelecto sólo muestra aquí la faz de un estilo sucinto, de un discurso lacónico:

De la camioneta de servicios policiales desciende el doctor Gallegos. Camina arrastrando los pies en dirección al comandante Obispo; lleva una cinta métrica en la mano. Antes de que diga cualquier cosa, el comandante Obispo Ventura le indica que el acta se levantará en el Ministerio Público. Órdenes superiores.

⁸ El término minimal fue empleado por primera vez por el filósofo británico Richard Wollheim en 1965, para calificar a las pinturas de Ad Reinhardt y otros objetos de muy alto contenido intelectual no obstante, de bajo contenido formal o de manufactura, como los “ready-made” de Marcel Duchamp.

-Pero, ¿y el recogimiento de pruebas?

-Ya Celso tomó muchas fotografías, con eso será suficiente para que se dé una idea.

-¿Entiende lo que le digo? Luego le explicaré el meollo del asunto.

El doctor Gallegos tuerce la boca, pero no chista.

Guarda la cinta métrica en el bolsillo derecho del pantalón y regresa por donde vino (41, 18, 19)

Asimismo, pone en escena emociones y reacciones primarias como “una torsión de tripas” (41, 13), que derivan de la aversión natural del hombre ante el miedo, y constatación de hechos. A su vez, el hallazgo del cuerpo ensangrentado y maniatado del infiusto Ramiro Montes produce amarillismo. Como sabemos, la muerte está estrechamente relacionada con factores mercantiles. Es decir, la prensa busca ampliar su horizonte con fines de lucro. No obstante, el ordenamiento legal ejecuta acciones subsecuentes que se ven manipuladas por el poder político: el trabajo del detective pasa expresamente por alto el manejo de cierta información que no debe ser difundida, pero sí “escudriña la zona como un perro de caza” (41, 16). Es un imaginario denso en que no escapan miserias humanas y escenas grotescas, incluso de tipo escatológico, que el narrador describe con cierta precisión. Por ejemplo, al referirse a un familiar del occiso enuncia que: “Está cagado de miedo. Trae chorro verde ya” (41, 16). En este relato cobran también notable importancia algunos perfiles amorales. Todo aparece elaborado con una retórica reiterativa, como si fuese más productivo para los sujetos allí descritos, sacarle provecho a vicisitudes que tratar de ponerles reparo. La fluctuación de hechos alcanza tal dimensión que los personajes no se percantan del mal o del bien que los rodea. La precariedad de la medianía no es sólo material sino también el producto de estigmatización social de pobreza y marginación.

Es interesante constatar que el sentido político-estético intenta camuflar el asesinato como si fuera una simple desaparición. Pero, lo que se hace evidente es la marginalidad para el común de sujetos. En 41 resaltan estas claves temáticas, que la perfilan urbana, social y realista como un ejemplo paradigmático. A simple vista no hay un inventario de problemas sino una recurrencia a escenas que permiten inferir cómo ocio, maltrato

físico y psicológico son caldo de cultivo para la emergencia de un delincuente. Asimismo, la ausencia de modelos cívicos idóneos puede ser factor de delincuencia, así como el abuso de poder es símbolo jerárquico del aparato jurídico.

Confluyen en el relato múltiples descripciones enunciadas por la voz central. Pero no sólo se detalla desde la perspectiva de funcionarios policiales sino desde la mirada del pueblo llano. El texto ofrece, pues, una categorización de opiniones y conductas en el seno de un Estado que sólo se sensibiliza con el usufructo. En efecto, el relato muestra ejemplos de aridez humana, y falta de solidaridad muy generalizada frente a la pobreza. Cabe destacar que la falta de sostén material, moral e indolencia se agudizan aún más para aquellos que padecen impedimentos mentales y físicos:

El japonés escuchó todas las historias que se cuentan sobre la muerte de su hermana retrasada mental sentada en la silla de ruedas" La hermana del japonés murió, es lo que se sabe. Lo que se sabe es que tenía dos días con sus noches de muerta la pobrecita. Lo que se sabe es que la doñita no le dio de comer durante tres días (41, 186).

En suma, circula por las páginas una aproximación a malestares de cultura moderna y la repercusión de éstos en sus ciudadanos. Los funcionarios de policía invocan en su cotidianidad leyes que no se cumplen, y en su lugar administran información como estrategia política. Pero además de observadores e investigadores de sucesos en su espacio citadino, se trata de seres cuya vida transcurre tras hechos delictivos que delatan problemáticas más complejas. No existen en este imaginario héroes de justicia y legalidad. Todos cohabitán con la degradación y sacan el mayor provecho de ella. De este modo, la lectura del signo advierte que los valores morales son trabas para la existencia. Todo acaba con una fiel representación de perfiles grandilocuentes (41, 42) de alta esfera policial, envilecidos por el poder contra el que luchan ciudadanos indefensos. El relato sobre corrupción del mundo policial mexicano; ese universo oscuro, homófobo, corroído e hipócrita que habita las páginas de 41 no es un fiel reflejo de lo que se asume socialmente como normal y legítimo. Finalmente, la narración tiene su correlato cuando el psicópata confiesa a sangre fría y –

preservando su tono desvergonzado-, que se ha ganado la vida matando homosexuales. Pero, más allá de despejar incógnitas a través de un arduo ejercicio de remembranza que lleva a cabo el asesino, la pregunta del lector gira en torno a una existencia de relaciones de poder erigidas entre víctimas y victimarios, o si se trata más bien de roles intercambiables en un contexto de supervivencia.

Bibliografía

- Balibrea, Mari Paz. "La novela negra en la transición española como fenómeno cultural: una interpretación." *Revista Iberoamericana. Nueva Época*, 2001. No. 7, 111, 118.
- Braham, Persephone. "Ana Lydia y el género negrogótico." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 443, 457.
- Coello, Emiliano. "Variantes del género negro en la novela centroamericana actual" (1994-2006). *Istmo: Revista Virtual de Estudios Literarios y Culturales Centroamericanos* 17, 2008, (no pagination).
- Conteris, Hiber. "Entre la novela negra, el espionaje y la aventura: el polifacético discurso ficcional de Daniel Chavarría." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 345, 357.
- Franken Kurzen, Clemens. "Ramón Díaz Eterovic como representante de la novela negra chilena." A. *Revista Signos: Estudios de Lengua Literatura* 33.48 (2000): 13-19.
- García Corales, Guillermo. "El acto ético y la precariedad en la narrativa de Ramón Díaz Eterovic." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 295, 303.
- Leal, Francisco. "Consideraciones en torno a la novela negra. Tinta roja de Alberto Fuguet y nuestro GG en la Habana de Pedro Juan Gutiérrez." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 325, 343.
- Malcuzinsky, Pierrette. *Sociocríticas. Prácticas textuales. Cultura de fronteras*. Amsterdam: Rodipi, 1991.
- March Kaatleen. "Novela negra con argentinos by Luisa Valenzuela." *World Review Literature Today*. Vol 66. No. 1, 1992, p 100.
- Nichols, William J. "Siguiendo las pistas de la novela negra con Mempo Giardinelli." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 495, 503.
- _____. A los márgenes: hacia una definición de "Negra." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 295, 303.
- Otero Blanco, Angel. "Novela negra y existencialismo: Manuel de Pedrolo, Manuel Vázquez Montalbán y Juan Madrid." *Pórtico: Revista de Estudios Hispánicos del Recinto Universitario de Mayagüez* 2 (2007): 53-72.
- Pérez, Daniel Enrique. "La búsqueda de la justicia social: la lucha contra la homofobia y el racismo en la novela negra de Michael Nava." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 409, 424.

- Pérez, Genaro J. "Ortodoxia y heterodoxia de la novela policiaca hispana: Variaciones sobre el género negro." Newark, DE: Cuesta, 2002.
- Pimienta, Juan Carlos y José Pablo Villalobos. "Detección pública/Detección privada: El periodista como detective en la narrativa policiaca." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 371-391.
- Ramirez Poppel, Hubert. "Fuerzas centrífugas y centrípetas en Santiago Gamboa y Gonzalo. España: La novela policiaca colombiana en el contexto de la globalización." *Revista Iberoamericana*, Vol LXXVI, Num. 231, 2010, 359, 376.
- Rhonda, Dahl Buchanan. "El género negro como radiografía de una sociedad en *Luna caliente* de Mempo Giardinelli." In *Narrativa hispanoamericana contemporánea: Entre la vanguardia y el posboom*. 155, 166. Madrid: Pliegos, 1996.
- Rodríguez, Ana Patricia. "Heridas abiertas de América Central: la salvadoreñidad de Romilia Chacón en las novelas negras de Marcos Mcpeek Villatorio." *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXVI, Núm. 231, Abril-Junio 2010, 425-442
- Rosi Song, H. "En torno al género negro: ¿La disolución de una conciencia ética o la recuperación de un nuevo compromiso político?" *Revista Iberoamericana*, Vol. LXXVI, Num. 231, 2010, 459, 475.
- Salinas, Alexander. "Novela negra y memoria en Latinoamérica." *Polígramas* 27 (2007 June): 1-13.
- Vázquez de Parga, Salvador. "Panorama internacional de la novela negra." *Quimera: Revista de Literatura* 78-79 (1988): 50-53.
- Vosburg, Nancy. "Coming Out' in Spanish Crime Fiction." In *Hispanic and Luso-Brazilian Detective Fiction: Essays on the Género Negro Tradition*, edited by Craig-Odders, Renée W, Collins, Jacky, Close, Glen S, 91-102. Jefferson, NC: McFarland, 2006.